

ASAMBLEA DE LA O. N. U.

acuerdo. Gran Bretaña quería que se debatiese la cuestión de Uganda —la nueva política de fuerza del general Amin, la expulsión de los asiáticos, la incautación de bienes de ciudadanos británicos—: no fue ni siquiera escuchado. No se puede decir lo mismo de algunas pretensiones del tercer mundo. Por ejemplo, la propuesta de que Nairobi fuese la sede del nuevo organismo de las Naciones Unidas dedicado a tratar los problemas del ambiente y la Naturaleza prosperó con gran facilidad. Y lo mismo cuando se propuso que Chile albergue la próxima conferencia sobre la legislación del mar. Sin embargo, los países del tercer mundo se van con estos premios de consolación, sin que su verdadero drama, que es el de la distancia creciente que les separa cada vez más de los países desarrollados, fuese apenas más que evocado. Otro éxito del tercer mundo: la condena de Israel por la continuada ocupación de territorios de sus vecinos y por los actos de guerra que comete contra ellos. Pero sin más repercusiones que las de pura constancia. Las de conciencia.

Sin embargo, Waldheim pudo aún decir al terminar la sesión que ésta había sido «bastante más interesante que lo que las gentes habían esperado». Quizá se estaba refiriendo a las cuestiones invisibles, a los contactos directos entre delegados, a las conversaciones en su despacho. Waldheim cumplía durante estos últimos días de sesión su primer aniversario en el cargo. ¿Es positivo o negativo su balance personal? La mayoría de las opiniones de los delegados les son favorables: entienden que Waldheim, dentro de su acción diplomática pura, tiene un carácter firme y claro y está dotado de un espíritu de neutralidad para todos los problemas. Una de las fórmulas que le gusta emplear es la de la «diplomacia preventiva»: es decir, aquella que evita los conflictos antes de que se produzcan. Es ingrata, porque no es espectacular: nadie sabe lo que hubiera podido pasar. Sin embargo, se le atribuyen gestiones decisivas en las nuevas negociaciones entre las dos Coreas, en la reducción de tensión entre las comunidades turca y griega de Chipre, en la misma acción del general Amin, en la aceptación por parte de Sudáfrica de la visita de una delegación oficial de las Naciones Unidas. Waldheim, dentro de este estilo de la diplomacia preventiva, es a veces explícito y llamativo, como en el momento en que atacó los bombardeos sobre los diques de Vietnam. Él explica que determinados casos, determinados momentos, requieren una alarma en la opinión pública mundial, para que ésta acuda en apoyo del secretario general o de las mismas Naciones Unidas. Este es el alcance y el sentido que da a su frase de «la conciencia del mundo».

No volverá a reunirse la Asamblea General —salvo convocatoria de urgencia— hasta dentro de diez meses, hasta fines de septiembre. Mientras, continúa su vida normal: los temas agudos en el Consejo de Seguridad y los otros en los organismos especializados. Es en este período donde la función de secretario general es más importante.



JEAN-PAUL SARTRE

EL NUEVO RACISMO

En Francia, el racismo, casi inexistente en el siglo XVIII, se desarrolló simultáneamente con la colonización burguesa. Una colonia debía vender muy baratos los productos de su suelo y subsuelo a la metrópoli, y adquirirla a su vez a ésta los productos manufacturados a un precio elevado; semejante práctica sólo podía marchar bien si se explotaba descaradamente a los colonizados, pagándoles salarios que tendiesen progresivamente hacia cero. Para justificar esa práctica se instala la ideología racista: los colonizados eran infrahombres, y como tales convenía tratarlos. A partir de 1945, las guerras perdidas de Indochina y Argelia debieron habernos abierto los ojos: los colonizados, pobres e inermes, que nos derrotaron en dos ocasiones, no eran más infrahombres que nosotros.

Desgraciadamente, se ha establecido desde entonces una nueva colonización, esta vez en nuestro propio suelo; atraemos a nuestro país a obreros de naciones europeas pobres, como España o Portugal, así como de antiguas colonias, para utilizarlos en penosos trabajos que ningún francés quisiera realizar. Pagados por debajo de lo normal, amenazados con la expulsión, si es que se les ocurre protestar; acomodados en viviendas inmundas, estos trabajadores son víctimas de una explotación desmesurada, pieza clave en la economía capitalista francesa, que era preciso justificar de algún modo; así es como nació un nuevo racismo, que se proponía mantener a los inmigrantes en el terror y quitarles de ese modo las ganas de protestar

de las condiciones de vida que les habían sido impuestas.

Bandas misteriosas, que operan de noche en Lyon y París, se dedican a degollar o ahogar árabes. Otras, menos clandestinas, pretenden "purificar" los barrios que habitan; es decir, expulsar de allí a esos extranjeros. Resultaba difícil creer que ese rebrote de odio racial tuviese por origen un plan de la Policía y la Administración cuidadosamente meditado, hasta que, recientemente, el asesinato de Mohamed Diad por el brigadier Marquet nos arrancó por fin la venda de los ojos.

Este joven árabe fue muerto a tiros de metralleta en la Comisaría de Versailles, como puede testimoniar su hermana, Fatma, que estaba presente y lo vio todo. En el momento de disparar Marquet, Mohamed se encontraba a cinco metros de distancia de él, y no ofrecía peligro; cuando se desplomó, estaba a dos metros cincuenta del brigadier. No se trata, pues, de un caso de legítima defensa: un "poli" se ha "cargado" a un árabe sólo para divertirse. Cuando le preguntaron que por qué había disparado, él contestó: "No quería estarse quieto".

Los periódicos han disfrazado esta historia; por ahora, al brigadier no se le persigue judicialmente. Todo se ha vuelto confuso. Se está instalando en las altas esferas, en los medios políticos y administrativos, el nuevo racismo con que se pretende infectar a la población; se dice que el árabe es camorrista, ladrón, violador, etcétera. Pero estas ideas caducas deben difundirse lentamente; los buenos ciudadanos que asesinan a marroquíes y argeli-

nos han de mantener el anonimato: el valiente brigadier Marquet se ha excedido en su celo. Ahora bien, este estadillo no es sino la consecuencia inevitable del racismo, que ha ido ganando terreno en diez años en la Administración y la Policía, y cuyo origen está en la economía.

No aceptaremos que renazca esa ideología de débiles que, por desgracia, conocimos demasiado bien durante la guerra de Argelia. O que se suprima la palabra igualdad de las tres que, según se nos asegura, componen la divisa de los franceses. (Es verdad que podrían también suprimirse las otras dos, pero esa es otra historia.)

Entre 1956 y 1962 combatimos para que la victoria fuese de los argelinos. Suya, en primer lugar, pero también nuestra: para que la vergüenza del racismo desapareciese de la mente de los franceses. No aceptamos que hoy, en plena paz, bajo la presidencia de Pompidou, esa vergüenza renazca y sea no sólo tolerada, sino incluso fomentada por el poder. El ignominioso asesinato de Mohamed les ha abierto los ojos a muchos franceses. Quienes deseamos demostrar que se ha llegado a un punto de retorno imposible, que es preciso aplastar el racismo si no queremos resignarnos a merecer ese gobierno del miedo al que la burguesía aterrorizada confió el poder en 1968, pedimos que se lleven a cabo intervenciones directas; la primera de las cuales será una manifestación en París. ■ J. P. S.

S á b a d o, 9 de diciembre de 1972.